

Intelectuales e imaginarios de izquierda en América Latina. Perspectivas críticas a principios del siglo XXI

Prólogo

Magdalena López

*Kellogg Institute for International Studies,
University of Notre Dame*

En lo que va del siglo XXI, la experiencia de los gobiernos identificados con la izquierda en América Latina abre nuevas interrogantes sobre los desafíos que confronta el progresismo, en un mundo donde las certidumbres ideológicas resultan cada vez más inestables y las alianzas geopolíticas más crudamente pragmáticas. El historiador Enzo Traverso (2019) sugiere el surgimiento de una melancolía de izquierda tras el fin de la Guerra Fría y el triunfo neoliberal a finales de siglo pasado. Esa sensibilidad marcaría cierta imposibilidad de reconfigurar imaginarios utópicos y propuestas atractivas que puedan hacerle frente al retroceso de derechos sociales arduamente conquistados, la xenofobia, la violencia de género, el militarismo, el racismo, la crisis ecológica y sanitaria, el abuso de las nuevas tecnologías, el aumento de la pobreza, los desplazamientos forzados, la creciente desigualdad y la emergencia de neopopulismos autoritarios.

Sin embargo, en América Latina, lejos de una afectividad melancólica, los primeros años del siglo XXI estuvieron marcados por el optimismo tras la llegada al poder de varios gobiernos de izquierda; un fenómeno inédito en la región. Tras un breve paréntesis, se habla actualmente de una segunda ola tras las victorias electorales de políticos como Gustavo Petro en Colombia, Gabriel Boric en Chile y Manuel López Obrador en México. El escenario, sin embargo, sigue siendo de incertidumbre.

Confrontar el fracaso de aquellos primeros gobiernos de izquierda que suscitaban grandes entusiasmos para llevar a cabo cambios estructurales, obliga a una mirada crítica interior que lejos de cerrarse sobre un pasado nostálgico, toma nota de los errores para volcarse sobre un *horizonte de expectativa* (Kosselleck, 2015). Parece claro que los paradigmas ideológicos dicotómicos que dependieron de un “otro” al cual negar han resultado insuficientes cuando no destructivamente trágicos. Hacia algo de esto parecen apuntar las múltiples protestas masivas que han venido produciéndose en países de distinto signo político como Bolivia,

Cuba, Ecuador, Chile, Colombia, Nicaragua, Perú y Venezuela. Arribamos a un agotamiento de presupuestos totalizadores y de praxis políticas que hacen necesaria una revisión de los imaginarios tradicionales de la izquierda. Y, desde luego, también de cómo los intelectuales han ido estableciendo sus universos de sentido.

De cara a la experiencia de estas dos últimas décadas, surgen diversas interrogantes: ¿Qué balance crítico puede hacerse de las recientes gestiones de izquierda? ¿Cuáles han sido sus dinámicas de poder? ¿Cómo se configuró tradicionalmente su campo intelectual y cómo se reacomoda ahora? ¿De qué manera se actualiza la propia memoria histórica de la militancia? Y, tomando en cuenta una de sus referencias clave: ¿Se mantiene el capital simbólico de la Revolución cubana? Por otro lado: ¿qué propuestas críticas nos permitirían salir de la encerrona ideológica? ¿Cómo pensar el presente y el futuro en otros términos? Estas y otras interrogantes son abordadas en este *dossier* en el que planteamos un diálogo multidisciplinario desde diversos lugares de enunciación.

En su ensayo “Sobre lo destituyente en infrapolítica”, Alberto Moreiras vuelve sobre la propuesta infrapolítica que ha venido desarrollando durante los últimos años. Propone un tipo de pensamiento alternativo de lo político por fuera del agotamiento de la metafísica de la izquierda contemporánea y de un latinoamericanismo anclado en el subjetivismo humanista. Sin perder de vista la historicidad inherente al “pasaje” infrapolítico, esto es, su emergencia insertada en estructuras políticas puntuales, Moreiras sugiere detenernos en el afuera constitutivo de la política, en los márgenes anteriores a las determinaciones fundantes de la comunidad. De este modo, aunque vincula lo infrapolítico al paradigma destituyente, desarrollado por Roberto Esposito, su intención es ir más allá de los tres paradigmas ontológico-políticos propuestos por el filósofo italiano –lo destituyente, constituyente e instituyente–. La infrapolítica subyace a todas ellas, pero también las excedería.

Apoyándose en una revisión crítica del trabajo reciente de Gareth Williams, Moreiras confirma que vivimos en tiempos poshegemónicos en los que los principios del sujeto soberano no arrojan otro resultado que el de la repetición infinita del voluntarismo del yo. Citando a Williams, Moreiras resalta la encerrona de buena parte de la izquierda actual:

La batalla ideológica entre izquierda y derecha se escenifica ahora como una batalla de destino entre la voluntad de poder de la subjetividad contra la voluntad de poder de la subjetividad [...] En ambos lados es una batalla a muerte a favor del mantenimiento del subjetivismo del yo en el yo prevalezco.

Anclada en los mismos paradigmas del subjetivismo como determinante de lo político, y sustentada en un virtuosismo moral compartido, la izquierda convencional no hace otra cosa que fortalecer el problema que pretende resolver: “En términos de voluntarismo, el discurso capitalista gana siempre, puesto que lo encarna. La demanda política de enfrentar la fuerza del discurso capitalista permanece enterrada en el discurso capitalista y es incesantemente consumida por él”. Moreiras ratifica el determinismo de un marxismo anclado en la ontología de la mercancía y en el principio de equivalencia general. Frente a estas limitantes, ofrece la *salida* infrapolítica:

la infrapolítica emerge como necesaria relación crítica sustractiva de la política ni siquiera en nombre de la justicia, ni siquiera en nombre de la igualdad, sino más bien en nombre de lo que llama a pensar, esto es, a existir, en cada tiempo histórico.

Desde luego, al renunciar a la lucha hegemónica y a esquemas utópicos prometeicos, la propuesta infrapolítica no garantiza ningún tipo de promesa a futuro. Pero es precisamente el riesgo de asomarnos a ese abismo que no podemos aprehender, la apuesta de Moreiras por una nueva constitución del mundo.

Por su lado, lejos de renunciar al término “populismo” a pesar de su excesiva manipulación discursiva, Rafael Rojas insiste en la necesidad de insertarlo en una discusión crítico-historicista que nos ofrezca pistas sobre la retórica, el capital simbólico y las prácticas de poder de la izquierda latinoamericana que nos llegan hasta hoy. Particularmente productivos son los vínculos entre el populismo y la idea de revolución para entender

diversas tradiciones progresistas que resultan heterogéneas. Rojas elabora una periodización en la cual identificamos, por un lado, los populismos clásicos con trasfondo militarista durante los períodos de Perón y Vargas en Argentina y Brasil, y por el otro, las variantes democráticas de los años 40 y 50 en países como Costa Rica, Cuba y Venezuela. Resulta relevante observar cómo los populismos clásicos fueron reconceptualizados como procesos revolucionarios. Con la llegada del siglo XXI y los gobiernos de la llamada marea rosada, se recupera una afectividad de lo revolucionario que va de la mano de elementos nacionalistas y antiimperialistas de los populismos de antaño. Actualmente, con la “segunda ola progresista” (integrada por los gobiernos de AMLO, Alberto Fernández, Luis Arce, Pedro Castillo, Boric, Petro y probablemente Lula da Silva), observamos ciertas continuidades en relación a tradiciones anteriores que, sin embargo, hacen aún más patente la heterogeneidad de la izquierda latinoamericana. Rojas llama la atención sobre la reconstitución autoritaria de lo que denomina la Alianza Bolivariana, claramente diferenciada en su apoyo a la invasión rusa en Ucrania. Los regímenes de Cuba, Nicaragua y Venezuela y sus intelectuales, organismos e instituciones partisanas (Ignacio Ramonet, Atilio Borón, Alba, Foro de São Paulo) ya no responderían, sin embargo, a alineamientos ideológicos apegados a los modelos actuales de China y Rusia. Más bien, de lo que se trata es de llevar a cabo alianzas geopolíticas basadas en contrarrestar la hegemonía estadounidense dentro de lo que Rojas denomina un enfoque hiperrealista. Así, esta izquierda autoritaria y pragmática se construye sobre “una doble plataforma: la usura simbólica de la tradición revolucionaria y populista, y el ejercicio geopoliticista de las relaciones internacionales”. Sin duda, cualquier posibilidad de plantear una izquierda alternativa democrática tendrá que distanciarse de la Alianza Bolivariana.

Claudia Hilb elabora una actualización del posicionamiento del campo intelectual del progresismo argentino en relación a Cuba, Nicaragua y Venezuela. Se basa en una revisión de distintas redes sociales –blogs, Twitter, Facebook y publicaciones virtuales–, en relación a tres momentos determinados: el de la publicación del informe de Michelle Bachelet sobre DDHH en Venezuela (2019), el del proceso electoral en Nicaragua (2021) y el de las protestas y represión en Cuba (2021). La estudiosa constata un posicionamiento de defensa

incondicional de los regímenes de estos tres países; un posicionamiento que proviene mayormente de las filas del campo nacional-popular afecto a Cristina Fernández de Kirchner. Sin embargo, Hilb está interesada en ir más allá para mostrar las ambigüedades, fisuras y disonancias de un progresismo más ancho que, en realidad, resulta menos homogéneo en relación a este respaldo. Para ello, revisa publicaciones y pronunciamientos como los de *Página 12*, *Sitio Nodal*, *El Dipló*, *Agencia Paco Urondo*, *Lobo Suelto*, los blogs de Atilio Borón y Horacio Verbitsky, la Escuela de Estudios Latinoamericanos y Globales (ELAG), el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), y el Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO). En algunas de estas fuentes, detecta cierta incomodidad al momento de respaldar sin ambages regímenes que contradicen principios básicos de la izquierda como el respeto a los derechos humanos y valores de justicia, igualdad y libertad. Lo que denomina una “sensibilidad populista-progresista” se revela en una diversidad de estrategias discursivas. Estas van desde el silenciamiento selectivo de ciertos regímenes para denunciar otros –y aquí el caso más común de denuncia parece ser contra Nicaragua, habida cuenta de que toca expresamente cuestiones de género muy visibles en la agenda progresista actual–, pasando por titulares rotundos que no se corresponden con contenidos más ambiguos, la inclusión minoritaria de algunas voces críticas, y de reconocimientos mínimos de la represión. Todo ello, siempre priorizando la denuncia antimperialista y la de sus supuestos cómplices internos.

En términos generales, se puede afirmar que estamos ante alineamientos que intentan ser críticos en mayor o menor medida, sin llegar a romper con los marcos políticos de uno (casi siempre el cubano) o varios de estos regímenes. Es decir, la crítica que resulta tolerable es aquella que permanece “dentro de la Revolución”. No obstante, Hilb sostiene que estas incomodidades podrían resultar potenciales para abrir posicionamientos cada vez más democráticos. Finalmente, la autora refiere distintas voces individuales como la de Roberto Gargarella, Maristella Svampa y la suya propia que, desde una izquierda ya no populista-progresista sino claramente democrática, se han pronunciado públicamente y sin atenuantes contra las violaciones de DDHH en Cuba, Nicaragua y Venezuela. Estos intelectuales no han dudado en reclamar un nuevo progresismo distanciado de cualquier proyecto y prácticas autocráticas o protototalitarias.

Teniendo en mente el actual gobierno de Boric, Hilb llama la atención sobre la necesidad de un recambio generacional para concebir una izquierda renovada y democrática.

A su vez, Carlos Pabón se detiene sobre la izquierda puertorriqueña para corroborar una continuidad con los mismos imaginarios y relatos de la Guerra Fría. Demuestra este estancamiento deteniéndose en las reacciones de ese sector frente al estallido social cubano, ocurrido el 11 de julio de 2021. Lejos de un reconocimiento de los reclamos de sectores populares por mayores libertades y mejores condiciones de vida, el posicionamiento fue de apoyo a la represión del régimen cubano. Para ello, la izquierda boricua echó mano de argumentos antiimperialistas, pretextando la culpabilidad del bloqueo/sanciones estadounidenses como causantes de la situación político-social y, sobre todo, satanizando a los manifestantes como mercenarios pagados por el imperialismo. Por un lado, Pabón inserta esta postura dentro de una izquierda más amplia a nivel regional que ha sido la hegemónica dentro del latinoamericanismo y que también apoya los regímenes de Nicaragua y Venezuela. Por el otro, da cuenta de la especificidad histórica de este pensamiento en el contexto boricua. Se trataría de una izquierda nacionalista que encuentra en la Revolución cubana un capital simbólico deseable para alimentar su directriz independentista. Así, sectores provenientes del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP) y asociaciones más recientes como la del Movimiento Independentista Nacional Hostosiano (MINH) establecen una equivalencia entre la Revolución cubana y la independencia puertorriqueña.

Partiendo del análisis de un artículo de Carlos Rivera Lugo y Carlos Severino del 2021, Pabón constata cómo la obsolescencia del apoyo incondicional al régimen cubano expresa al menos dos contradicciones. La primera es que invisibiliza los debates que se dieron dentro de la misma izquierda puertorriqueña, en los que estos mismos militantes participaron en 1982; debates en torno a la necesidad de renovación de los principios del socialismo. La segunda es que respaldan las acciones represivas, aun cuando estas contravienen la propia constitución que el régimen cubano aprobó en 2019. Frente a estas contradicciones, Pabón asoma algunos posicionamientos minoritarios que resultan más ambiguos, ya que reconocen alguna legitimidad a las demandas populares del 11 de junio. Lo hacen, sin embargo, sin renunciar

a la lógica binarista de la Guerra Fría, tal como se observa en el caso de la Agrupación Democrática Socialista. La existencia de una izquierda puertorriqueña preponderante que no ha logrado deslastrarse de la tradición estalinista arroja un paradoja histórica: con la disolución del bloque soviético y el fracaso de las experiencias del socialismo realmente existente en Europa, no se produjo una izquierda pluralista y capaz de renovarse, sino que, por el contrario, hubo un estancamiento o, aún peor, una involución intelectual respecto a las discusiones que mismos sectores boricuas habían entablado en décadas anteriores.

Intentando desmontar una narrativa según la cual el régimen de Maduro supondría una traición o ruptura respecto a la conducción anterior de Hugo Chávez, Juan Cristóbal Castro rastrea los orígenes autocráticos del proyecto chavista. Esto le sirve para apuntar, por un lado, a la irresponsabilidad con la que intelectuales de izquierda de renombre internacional como Gianni Vattimo, Tony Negri y Ernesto Laclau apoyaron el proyecto chavista y, por el otro, para evidenciar las debilidades de sus propuestas teóricas a la luz de las consecuencias prácticas en el caso venezolano. En un guiño al “pensamiento débil” propuesto por Vattimo, Castro refiere la existencia de un “excepcionalismo débil” que estaría en la base de la construcción y sostenimiento de la hegemonía chavista. Se trataría de la instauración de una noción de excepcionalidad permanente, en la que la toma del poder total del Estado se llevó a cabo una vez que Chávez alcanzó la presidencia y pudo socavar, gradualmente, las mismas instituciones democráticas que lo llevaron al ejecutivo. Tal socavamiento se entiende dentro de un contexto histórico singular que los intelectuales anteriormente mencionados perdieron totalmente de vista, situados como estaban en un lugar de enunciación metropolitano ajeno al contexto venezolano. Preocupado por situar al chavismo dentro de su propia historicidad, Castro identifica un nacionalismo bolivariano que se combinó con un marxismo-leninismo no muy riguroso. De tal convergencia emanó la noción de un estado de excepción permanente que solo podía ser gestionado por un líder compasivo que estaba por encima de las leyes y las instituciones. Castro rastrea algunos antecedentes de lo que llama el “soberanismo militarista de corte bolivariano” dentro del propio campo intelectual venezolano a través de las propuestas de pensadores y políticos como J. R. Núñez-Tenorio, Pedro Duno, Miguel

Acosta Saignes y Douglas Bravo. En el plano intelectual internacional, Castro contrapone las propuestas de Laclau y Negri respecto al populismo y a las multitudes, con inflexiones históricas durante los primeros años de Chávez en el poder –el establecimiento de la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 y la gestión de la tragedia de Vargas en 1999–. De este modo, estamos ante un ensayo que interpela estas teorías, fundamentándose en la experiencia venezolana con la que estos mismos teóricos simpatizaron. En el caso del trabajo de Laclau, confrontamos el problema de la necesidad del líder providencial y de un campo enemigo que siempre hay que excluir, cuando no eliminar físicamente. En Negri, la fascinación por el momento de suspensión instituyente conlleva, finalmente, a avalar la excepcionalidad permanente. Así, Chávez conjugaría dimensiones performáticas, retóricas y simbólicas en función de erigirse como el único soberano posible en constante refundación de la nación. Todo ello avalado por un origen mítico sin ningún tipo de mediación con el sujeto-pueblo de su retórica populista.

El escritor cubano Amir Valle resalta el peso que el ámbito de la cultura ha tenido desde 1959 en el establecimiento y la perpetuación de un relato único historicista e identitario que legitima el *statu quo* de la isla. Por ejemplo, la instrumentalización de intelectuales nacionales y extranjeros ha sido fundamental para instaurar el mito fundacional, según el cual el período republicano fue un desierto cultural de muy poca magnitud en términos de recursos, infraestructura y producción creativa. Por años, este relato único ha impuesto la invisibilización y marginación de escritores y artistas fuera de la isla, a quienes se les ha negado incluso su pertenencia a la nación. Por otro lado, uno de los aspectos más paradójicos de la instrumentalización intelectual es la participación de estos mismos en las tareas de denunciar y estigmatizar a sus propios colegas. Sin dejar de reconocer la masificación en el acceso a varias instancias de la cultura que ocurrió durante los primeros años de la Revolución, Valle formula preguntas fundamentales que apuntan a contradicciones trágicas: ¿de qué sirve enseñar a leer, si luego se ponen límites ideológicos a lo que se lee?, ¿puede hablarse de un verdadero desarrollo si se enseña masivamente y luego se encauza la capacidad de pensamiento por los caminos rígidos de la propaganda ideológica de un partido único?, ¿no sería un contrasentido crear una red nacional de talleres literarios para

promover la creación literaria, y luego impedir mediante la censura la publicación de centenares de obras que muestran una cara de la realidad que no es la oficial? A través de ejemplos muy concretos de prácticas autoritarias a lo largo de 60 años, asistimos a todo un repertorio de asedio a la libertad de creación y de pensamiento que se expresa en la censura de libros, el hackeo de blogs personales y de medios independientes digitales, la difamación de artistas y sus encarcelamientos, el boicot a la participación de escritores en ferias internacionales del libro y las expulsiones laborales. Casos como los de la represión de los integrantes del Movimiento de San Isidro, el Decreto 349 y el asedio permanente a las iniciativas del Instituto Hanna Arendt, dan cuenta de una continuidad en las prácticas de poder del régimen que llega hasta hoy a pesar de ciertas variaciones cosméticas.

En México, la gestión presidencial de López Obrador parece sumarse tardíamente a ciertas prácticas de poder características de la llamada “marea rosada” que tuvo lugar en América Latina a principios del siglo XXI. Presentando elementos coincidentes con las presidencias de Hugo Chávez, Rafael Correa, Daniel Ortega y Evo Morales, el gobierno de López Obrador revela las dificultades de buena parte de la izquierda de la región, por abandonar premisas, imaginarios y prácticas autoritarias. El artículo de Esperanza Palma explica cómo, lejos de una comprensión de la complejidad social y de la necesidad de reconocimiento de la pluralidad de los nuevos contextos, la triada López Obrador, el partido MORENA y el proyecto de la Cuarta Transformación (4T) ha reducido el campo político a una polaridad maniquea entre élites neoliberales corruptas y el “pueblo” encarnado en el presidente. De esta manera, se legitima la concentración de poder en el ejecutivo, y se estigmatiza todo aquello que no responda a la voluntad de aquél. La autora identifica el desempeño del presidente con un posicionamiento iliberal en el que se aboga por el principio de mayoría sin voluntad de representación proporcional de las minorías. También lo hace debido al desprecio por la división de poderes, por los pesos y contrapesos, mientras se niega la legitimidad de los adversarios políticos. Acudimos a fenómenos como la satanización, el debilitamiento y/o la desinstitucionalización de poderes públicos como el ejecutivo y el electoral. La libertad de prensa es duramente atacada en un país con el récord de la mayor cantidad de periodistas asesinados en el mundo. Palma destaca tam-

bién la estrategia de recorte del gasto público y de retiro de apoyos a la pequeña empresa en nombre de la lucha contra la corrupción, al tiempo que se mantienen e incrementan políticas asistenciales, cargos y organismos paralelos a los institucionales, que permiten sostener una extensa red clientelar directamente vinculada a la figura personalista de López Obrador. A los recortes en el sector público, paradójicamente en consonancia con directrices neoliberales, se suma una visión de mundo conservadora, particularmente aguda en lo que tiene que ver con los roles de género y la sexualidad. Estas contradicciones conllevan a que los sectores de oposición o de crítica sean heterogéneos. Partidos tradicionales, empresarios de derecha, diversos intelectuales, periodistas, agrupaciones civiles como las de familias con niños y niñas con cáncer, colectivos defensores de derechos humanos y activistas feministas se han venido resistiendo a los lineamientos verticalistas de un gobierno, un partido y un proyecto que responden, finalmente, a la voluntad personal de López Obrador. Las tendencias autoritarias de su gestión, así como la posibilidad futura de acabar con el principio de alternancia presidencial, representan un retroceso en relación a la reciente apertura democrática mexicana. No casualmente, López Obrador es un político formado dentro de las propias filas del otrora hegemónico PRI (Partido Revolucionario Institucional).

Al traer a cuento una carta abierta de solidaridad con Fidel Castro firmada por 911 intelectuales y artistas de Venezuela en 1989, el escritor venezolano Alberto Barrera Tyszka especula sobre los motivos que llevan a estos sectores “ilustrados” a apoyar líderes autoritarios. ¿Por qué prefieren hacer caso omiso de las realidades que viven las personas bajo las dictaduras de izquierda? Estamos ante un ensayo autoreflexivo y de allí se desprende el valor de una crítica sin ninguna pretensión de superioridad moral. Por el contrario, a Barrera Tyszka le interesa subrayar que los intelectuales no son seres especialmente esclarecidos. Mucho menos son decisivos en tiempos en que se han vuelto prescindibles para la legitimación de regímenes como el de Nicolás Maduro y Daniel Ortega. Aventurando una hipótesis preliminar, el autor se hace eco del filósofo polaco Leszek Kolakowski, al advertir cómo la necesidad de reconocimiento del intelectual se desprende de la tensión entre su aislamiento, su noción de superioridad e independencia y la necesidad de ser parte de una comunidad. Esta

tensión se viene a resolver en cierta orientación salvífica por abrazar la causa de los desvalidos. Se trata de una causa que serviría para configurar al intelectual como instancia privilegiada de autoridad intelectual y moral. Prestigio, vanidad, reconocimiento son palabras que parecen explicar, en parte, la complicidad con estos regímenes. En el momento en que los líderes autoritarios parecieran abrazar las mismas causas de estos intelectuales, los hechos pasan a un segundo plano. “El problema con Chávez es que habla nuestro lenguaje” planteaba Teodoro Petkoff. Pese a ello, Barrera Tyszka es consciente de la necesidad de no abdicar de ciertos principios emancipadores. De este modo, deja abierta la pregunta de qué hacemos con nuestros legítimos deseos de cambio, aun cuando corran el riesgo de malograrse. No es una pregunta menor en el actual panorama latinoamericano y global, tan plagado de desigualdades, violencias y asedios a la democracia.

Rafael Uzcátegui propone el término “Efecto Sartre” para referirse al fenómeno de apoyo de la izquierda a gobiernos autoritarios violadores de derechos humanos que se identifican dentro del mismo espectro ideológico. Para ello se apoya en la disputa entre Camus y Sartre en los años cincuenta del pasado siglo. Mientras el primero fue crítico de la Unión Soviética consciente abiertamente de la existencia de los *gulags* (campos de concentración), el segundo abogó por su defensa incondicional, anteponiendo su identidad comunista antes que la experiencia sufrida por millones de personas. Por Efecto Sartre, Uzcátegui entiende un posicionamiento que se vale del sesgo interpretativo, la tergiversación de los hechos, el desprestigio personal del que piensa diferente, la negación de la alteridad, el mero oportunismo y una actitud de superioridad moral para imponer su visión. El Efecto Sartre serviría para explicar el apoyo o silenciamiento de las prácticas del régimen venezolano por parte de intelectuales progresistas, organizaciones internacionales de derechos humanos y varias organizaciones sociales. Basándose en su larga experiencia personal en los ámbitos del activismo antimilitarista, de defensa de derechos humanos, del anarquismo y de la subcultura punk rock, el autor expone la paradoja de una izquierda insolidaria con las víctimas venezolanas, e incluso estigmatizadora de los opositores. Si los intelectuales progresistas hubiesen sido fieles a sus principios, especula Uzcátegui, hoy quizá el panorama en Venezuela sería distinto. Por el con-

trario, para las nuevas generaciones de venezolanos que no han conocido otra experiencia política que la del chavismo en el poder, la izquierda como opción política estaría totalmente desprestigiada.

Una vez identificado el Efecto Sartre, en el artículo se propone una perspectiva post-ideológica. No se trataría de apelar por una prescindencia de las ideologías, cuestión por demás imposible, sino de tomar de ellas aquellos aspectos que resultan pertinentes en cada caso, enmarcados siempre en sus propias singularidades históricas. A esta propuesta, que Uzcátegui entiende como un desplazamiento de la primacía de las ideologías hacia la de ciertos principios generales, la denomina “el derecho al inventario”. Ello supondría usar aquellas herramientas de interpretación y de activismo político que se condigan con el deseo de una sociedad igualitaria, inclusiva y democrática, situada en un presente “prefigurativo” del futuro. Bajo una racionalidad post-ideológica, Uzcátegui esboza algunas orientaciones deseables para Venezuela que incluyan el reconocimiento de los derechos relativos a los cuerpos, la valorización del conocimiento educativo y el respeto por la naturaleza. El autor apela por un modelo post-extractivo, civilista y con respeto a los derechos humanos.

En consonancia con los señalamientos de su último libro, *Crisis civilizatoria: experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana* (2019), Edgardo Lander coloca en relación lo que denomina una “crisis civilizacional” con la experiencia de los gobiernos de izquierda de la llamada “marea rosada”. Una vez constatados los fracasos en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Nicaragua Uruguay y Venezuela por proponer un modelo alternativo a la lógica de crecimiento sin fin del capital –un modelo incompatible con la vida–, Lander asoma algunas de las causas de este fracaso. Por un lado, la falta de una voluntad política real que termina por afectar demasiados intereses, por otro, la profundidad con que este modelo de crecimiento ha impactado las subjetividades. Sin embargo, son sus reflexiones sobre las fallas de la propia izquierda, las que resultan más sugerentes para el tema de este *dossier*. Con una mirada desde adentro, producto de su propia vinculación entre la academia y el activismo, el estudioso distingue una izquierda cuyo eje articulador sería el antimperialismo contra los Estados Unidos. Esta izquierda de cariz oficialista y antropocentrista, expresada en el Foro de São Paulo, seguiría anclada en una lógica de progreso; una lógica ciega ante

las complejidades actuales del sistema-mundo. Se trataría de una izquierda poco abierta a la interseccionalidad crítica entre temas relacionados al patriarcado, las sexualidades, el racismo, los saberes de pueblos aborígenes y afrodescendientes, las relaciones entre los seres humanos y el resto de lo viviente, y las culturas juveniles. La complejidad que arroja la dinámica entre estos temas hace que, efectivamente, las categorías de izquierda/derecha sean cada vez menos útiles para percibir el presente. No obstante, Lander concluye que dichas categorías aún tienen cierta vigencia, principalmente dentro de ciertos identitarismos reemergentes en estas últimas dos décadas.

Otra de las dimensiones que resultan fundamentales para entender buena parte de los fracasos de la izquierda tendría que ver con la memoria y los afectos. El modo en que se estructuran las propias subjetividades, en absoluta dependencia con verdades absolutas, hace muy difícil y traumático el cambio de paradigmas. Aún más si se tiene en cuenta que estas estructuras están sostenidas y reforzadas sobre las mismas redes académicas, activistas y afectivas. Al respecto, Lander nos comenta su difícil experiencia al expresar críticas al régimen chavista. Para él, la rigidez ideológica-afectiva-interpretativa parece explicar la imposibilidad de una memoria potenciadora de cualquier proyecto emancipador por venir. De allí también se explica la perpetuación de la Revolución cubana como referente simbólico y modelo ejemplarizante para muchos intelectuales de izquierda. Más agudo al detectar las contradicciones propias de lo identitario entre la homofilia y la pluralidad, Lander, en cambio, parece no advertir fallas conceptuales en el pensamiento decolonial. La inconsecuencia entre prácticas políticas concretas y las premisas de este exitoso campo de estudios en Estados Unidos y América Latina respondería más bien a incoherencias personales de intelectuales individuales. Queda, así, pendiente una reflexión autocrítica sobre una línea dominante de pensamiento dentro de las humanidades y las ciencias sociales que ha legitimado con demasiada frecuencia los recientes autoritarismos autoidentificados con la izquierda.

Con esta entrevista a Lander finalizamos un conjunto de escritos que da buena cuenta de la diversa y autorreflexiva producción intelectual en torno al tema de nuestras izquierdas. Consonante con una política de pluralidad, este *dossier* no pretende de manera alguna mostrar unanimidad de

criterios en sus autores. Por el contrario, esperamos que estas preocupaciones desde los campos de la academia, el activismo, el periodismo y el ensayo libre abonen el camino de un diálogo crítico urgente, cuyas múltiples aristas hacen imposible su clausura. De eso precisamente trata el abandono de los dogmas y sus dicotomías interpretativas.